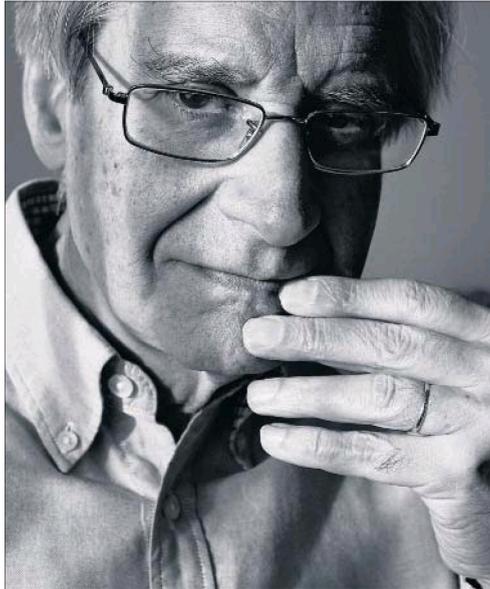


GENTE SINGULAR Andrés Rábago, Ops, El Roto

## Tres naturalezas y una sustancia



Andrés Rábago, El Roto. / JORDI SOCÍAS

**MANUEL VICENT**  
Sucedee que cuando habla, dibuja, pinta o calla, no se sabe a ciencia cierta quién de los tres lo hace, si el pintor Andrés Rábago, el Ops inspector de vísceras o El Roto dibujante dinamitero. En la vida ordinaria se trata de un ciudadano de hábitos moderados, si bien una vez a la semana se pone cabeza abajo en el yoga para tratar de entender el universo. Pero ante cualquier pregunta, su respuesta puede tener una sola voz y tres significados, un solo camino y tres encrucijadas. No pasa nada. También Dios se compone de una sola sustancia con tres naturalezas, cada una con un cometido, la creación, la redención y la fecunda inspiración. Esa misma trimurti dividió por tres la mente del poeta Fernando Pessoa con el nombre de heterónimos, tres personajes distintos que dormían juntos en el mismo lecho pero soñaban sueños dispares. Nada que no tenga explicación. En este caso Andrés Rábago es un solo trayecto con tres direcciones que vienen indicadas en medio de su propio bosque. Cualquiera de ellas te conducirá a un mismo destino, aunque sea en sentido contrario.

Al principio, cuando Andrés Rábago se hacía llamar Ops, eran los tiempos de la dictadura en que no se podía hablar, por eso sus dibujos eran crípticos, metafísicos, simbólicos, surrealistas y mudos. Sus imágenes insonorizadas las apacentaba Hermes, el dios del submundo indescifrable. Su inspiración se nutría del silencio convulso y orgánico que habita en esa chacra infima del cuerpo humano donde las vísceras más grumosas se confunden con conciencia. Entonces la dictadura te obligaba a callar, pero bastaba con mirar aquella galería de dibujos sin palabras, compuesta de vómitos desmesurados en forma de banderas, de látigos, de sonrisas calaveras, aletas de tiburón que emergían de los cráneos, niños con miradas de viejo, cerebros abiertos hirviendo como una sopa, mujeres con brazos de reptil y lenguas de ahorcados, para cerciorarse de que las vísceras dibujadas por Ops eran la metáfora de la cloaca máxima

### Una vida de dibujante y pintor

**Andrés Rábago** (Madrid, 1947) es pintor y dibujante. Durante los años setenta y ochenta, bajo el seudónimo Ops, colaboró en numerosos medios, como Hermano Lobo, La Codorniz, Triunfo o Madrid.

**Con la democracia** empezó a utilizar el seudónimo de El Roto para ejercer la sátira social desde el humor gráfico.

**Los dibujos de El Roto** se han publicado en periódicos co-

mo *Diario 16* o *El Independiente* y, desde hace años, en EL PAÍS.

**La pintura** ha estado siempre presente en la trayectoria del autor. En ella trasciende la conciencia individual y se sitúa en un nivel más profundo.

**Su obra** ha sido objeto de numerosas exposiciones tanto en galerías como en instituciones.

**Por el conjunto de su obra** Andrés Rábago obtuvo en 2012 el Premio Nacional de Ilustración, otorgado por el Ministerio de Cultura de España.

que discurría fuera el cuerpo por el vientre de la historia, de la sociedad y de la política.

Cuando Andrés Rábago era Ops se limitaba a lanzar cargas de profundidad sobre el inconsciente colectivo para matar a ese cocodrilo que se reproduce debajo de la belleza del Partenón, del misterio de las catedrales, de las fiestas de todos los palacios y mansiones, de las instituciones del Estado, incluyendo el trajín de lonjas, mercados y teatros. Para matar a ese cocodrilo y a sus correspondientes crías era necesario abatir también todos los pilares de la conciencia. Caiga, pues, el templo y pereza Sansón con todos los filisteos bajo un cúmulo de cascotes, vigas y paredes maestras. Lo que Ops derrumbó vino después El Roto con el encargo de efectuar el desescombro bajo la atenta supervisión de Andrés Rábago, el amo y señor de la dinamita.

Cuando llegó el tiempo de la democracia en que ya se pudo hablar Rábago cedió la palabra al Roto y este a su vez la impuso a sus personajes. Se da por sabido que se trata de un dibujante extraordinario, pero no se sabe qué es más lúcido y cruel, el dibujo o el breve texto que lo sirve y que suena siempre como un disparo. Sus personajes hablan, unas veces con sentencias inapelables, otras veces con simples escotadas o sátiras usadas como látigos. Se ha ponderado mucho el trabajo de El Roto como dibujante, pero muy pocos caen en la cuenta de que se trata de gran escritor. ¿Cómo es posible —se pregunta el lector ante su viñeta diaria en el periódico EL PAÍS— que este artista se permita el lujo de dar siempre en el clavo, día tras día, sin bajar nunca la guardia ni abandonar su garita?

El Roto parece ver el mundo como un disparatado barracón de feria por donde discurre el desfile de la comedia humana, señoritos a caballo, princesas coronadas, mendigos descalabrados, políticos golfos, banqueros con puro y esmoquin, fanáticos con banderas, terroristas deslumbrados, plutócratas con dedos muy anillados, lobos con la tripa llena de caperucitas, mastines pensati-

Andrés Rábago es el amo y señor de la dinamita, y también un gran escritor

Como Ops lanzaba cargas profundas al inconsciente colectivo

En El Roto no se sabe qué es más lúcido y cruel, si el dibujo o el texto

vos, desolados matrimonios inco- municados ante el perol de sopa, especuladores con los colmillos ensangrentados, militares cubiertos de medallas. El Roto analiza a esta caterva bajo el comportamiento de las ratas o según el achatado cerebro de las serpientes y la mirada irónica del gusano. Por un momento piensas que se trata de historias insectívoras o del anecdotario atroz de los instantos. De pronto caes en la cuenta de que El Roto está hablando de política y de moral ciudadana. Cuando cualquiera de estos personajes pasa por su punto de mira, entonces aprieta el gatillo y la bala siempre le da en el ojo, acompañada de un texto que es más mortal todavía.

Te puedes preguntar si es tan siniestro, desolado e irremediable el mundo como lo describe El Roto, cuyos personajes se mueven a sus anchas en un espacio en el que la tiranía, el fanatismo y la miseria de los desesperados parecen un mal congénito de la humanidad, que nunca tendrá fin. Sin duda es posible que exista otro mundo más confortable donde los niños jueguen felices en los columpios de los parques, los adolescentes con mochilas vayan camino del instituto como si fuera la isla del tesoro y los enamorados se besen a la luz de las farolas. Pero ese mundo imaginario solo llegará cuando el trabajo de desescombro en que está metido El Roto haya terminado.

### UNIVERSOS PARALELOS

**Diego A. Manrique**

## Frank Zappa en la intimidad

Pauline Butcher muestra al músico como un creador melómano

La bibliografía del rock se expande imparable. De forma notable, se multiplican los libros de testigos, participantes menores, cómplices más o menos anónimos. Es una tendencia que irremediablemente iba a pillar a Frank Zappa (1940-1993): dispuso de muchos colaboradores, que todavía sienten que tienen cuentas pendientes con su patrón.

Tal vez el más fascinante sea *¡Alucina!* (Malpaso), de Pauline Butcher. Con 23 años, Pauline Butcher trabaja como secretaria *freelance* cuando recibe el encargo de transcribir las letras de *The Mothers of Invention*. Atraída por la personalidad de Frank, abandona Londres para instalarse en Los Ángeles, en la especie de comuna que Zappa monta en una destartalada cabaña de Laurel Canyon.

Aunque vestida a la moda, Pauline es bastante conservadora. Con ojos como platos, se zambulle en la contracultura californiana, con "los músicos más feos del mundo y las chicas más promiscuas". Ella disimula sus objetivos: predispuesta a intimar con Zappa, se horroriza al enterarse de que es un

padre de familia; a medio plazo, fantasea con introducirse en la industria de Hollywood, a pesar de una experiencia desagradable con Billy Wilder en un hotel londinense.

Entre 1968 y 1970, Pauline descubre a un creador ambicioso y un hombre con temple: enfrentado a un desequilibrado que irrumpe armado en la casa comunal, logra que tire su pistola a una charca cercana. También es un líder tacaño y dictatorial, que se aprovecha de la debilidad de carácter de sus músicos. Les prohíbe el uso de drogas pero, como ellos, se beneficia de la libertad sexual del momento; cuando la Butcher se interesa por el feminismo, se muestra particularmente cáustico.

Como Pauline, nos sentimos apabullados ante la megalomanía del personaje. Con total seriedad, planea convertir su base de fans en un movimiento político que le permita aspirar a la Casa Blanca en 1976. Pertenece a esa especie tan estadounidense que son los anarcoliberalas: máxima tolerancia para el comportamiento individual y mínima presencia gubernamental; su obsesión principal es la eliminación del impuesto sobre la renta.

Intelectualmente indefensa, Pauline solo puede refugiarse en su sensatez de hija de familia numerosa, crecida en la clase media británica; cuando discuten, Zappa parece ceder para no complicar aún más su relación laboral y emocional. Otro asunto es la fiabilidad de sus memorias. Urge sospechar de diálogos reconstruidos 40 años después: Pauline se basa en las cartas que intercambiaba con su familia, obviamente discretas.

Pauline, ahora felizmente casada con un economista a sueldo de un banco, sigue ajena a la cultura del rock. Un ejemplo: habla de uno de sus pretendientes como "Spence Dryden, el líder del grupo mejor considerado del momento". Si uno se pone pedante, son tres errores en una frase: Spencer (con "r" final) dejó su modesto puesto de baterista de Jefferson Airplane en 1970. Al mismo tiempo, su ignorancia de las convenciones del rock resulta hasta refrescante: te noquea cuando afirma que el *blackjack* en Las Vegas es "tan aburrido como un concierto de Tim Buckley". A su modo, Pauline podía ser tan iconoclasta como Zappa.